



LA PEREGRINACIÓN Y SUS MODOS

1

LOS MOTIVOS DE LA PEREGRINACIÓN

AUTORES DEL PROYECTO:

JAIME NUÑO GONZÁLEZ

PEDRO LUIS HUERTA

Echarse a un camino hace mil años, o incluso quinientos, era una decisión muy valiente, puesto que el viajero apenas disponía de la mínima información del recorrido, de los lugares por los que iba a pasar, de sus gentes, de las costumbres o lenguas. A diferencia de hoy el viaje era además doble, de ida y vuelta, por lo que los gastos y riesgos se duplicaban. Mucha fe u otras poderosas razones debía tener un peregrino para recorrer a pie cientos, a veces miles de kilómetros, para llegar hasta un lugar santo.



Dice Alfonso X en sus Partidas (siglo XIII) que “romeros e pelegrinos son omes que fazen sus romerías el pelegrinajes, por servir a Dios e honrrar los Santos, e por sabor de fazer esto, estrañanse de sus hogares, e de sus mugeres, lazerando los cuerpos, o desprendiendo los aueres, buscando los Santos”.

En la imagen una representación del rey castellano en las Cantigas, conjunto de canciones que ensalzan los milagros de Santa María y en las que los santuarios de la Virgen y los peregrinos tienen cierto protagonismo.

La devoción puede ser el motivo personal más poderoso para llevar a cabo una peregrinación, aunque no parece que fuera el más frecuente, sino que tras la decisión de peregrinar podía encontrarse un voto personal, un encargo, un contrato, un compromiso o cualquier tipo de obligación, incluida una sentencia judicial. El deseo de aventura, de conocer otras tierras, entonces como ahora, también era uno de los principales motivos para emprender el viaje.

Las razones para peregrinar pueden ser tantas como peregrinos, aunque a lo largo de los siglos se han experimentado ciertos cambios. Durante la primera Edad Media, el motivo religioso fue fundamental, en los siglos modernos se empezó a notar un peso de la curiosidad y a la vez el aumento de falsos peregrinos que buscaban en el camino una forma de subsistencia. Hoy el fervor sigue estando presente, como lo está el deseo de aventura y de conocer gentes nuevas, pero a la vez se han incorporado nuevas razones, como puede ser el hecho de participar en un fenómeno histórico, de disfrutar del viaje o simplemente de hacer deporte.





El sentimiento de pecado, tan arraigado en la tradición católica y el deseo de redimir la culpa mediante la oración, mediante la donación o a través del compromiso o voto de cumplir una dura prueba, justifica en muchos casos el viaje de peregrinación. Cuanto más sufrimiento más arrepentimiento y consecuentemente más redención. Por estas razones la propia iglesia compostelana favorecía el perdón a quienes acudían a Santiago, de tal modo que en Año Jacobeo el peregrino obtiene la absolución de sus culpas y en cualquier otra fecha se perdona un tercio de los pecados, aunque igualmente todos ellos si el viajero muere en el intento.

Cabe suponer que el puro motivo devocional fue el que movió a personajes como San Francisco de Asís, Santo Domingo de Guzmán, Santa Isabel de Portugal, o a Roberto Francisco, cuñado del papa Calixto II, quien reconoce que acude a Santiago *causa orationis*. También pudo ser la razón que llevó en el año 1147 a los cruzados ingleses, flamencos y alemanes que se dirigían por mar a la conquista de Lisboa. Pero aunque la gran mayoría invocan este motivo piadoso, seguramente detrás de muchos de estos viajeros había otro tipo de razones menos espirituales.

La convicción religiosa personal hizo que algunos de los peregrinos quedaran definitivamente vinculados al Camino, dedicados a la atención a los pobres, como ocurrió en Burgos con dos personajes francos, Lesmes y Amaro, que por sus obras fueron reconocidos como santos. En la imagen sepulcro de San Amaro, en su ermita, junto al Hospital del Rey de la capital castellana.



No fueron pocos los monarcas que hicieron el Camino, ya desde los tiempos de Alfonso II o Alfonso III. Alfonso VI en 1108 manifestó su interés en visitar la tumba y ofrendar en la catedral el documento de concesión del derecho de moneda; más tarde lo hará su hija Urraca, luego Alfonso VII, Alfonso IX de León (quien asistió a la consagración de la basílica) o después los Reyes Católicos, artífices del gran hospital de peregrinos que se alza junto a la catedral. Honrar al santo patrón y mostrar una actitud piadosa sin duda suponían un gran beneficio espiritual para estos monarcas, para también para la imagen ante sus súbditos. Su presencia enriquecía además el prestigio de Santiago.



La leyenda hace que el primer peregrino a la tumba del Apóstol fuera un monarca, Carlomagno, acompañado por todo su ejército. En el Tumbo A de la catedral de Santiago se representa la llegada de la noticia del descubrimiento del sepulcro hasta la lejana corte de Aquisgrán.

El voto, la promesa o la solicitud de un favor al Apóstol es uno de los motivos frecuentes y no sólo a nivel personal. Muchas ciudades enviaban peregrinos como delegados de toda la población, como lo hizo en 1483 Gerona para pedir que cesara la peste, aunque tuvieron que regresar de nuevo al año siguiente porque con la primera visita no se consiguió vencer la enfermedad. La convicción en la efectividad del método debía de estar fuera de toda duda, puesto que algunas décadas más tarde la misma ciudad envió a otros dos peregrinos para tratar de paliar una gran sequía.

Las reliquias siempre fueron consideradas con un gran poder y de su efectividad para procurar remedios dependía el prestigio de un santuario. En la imagen representación de unos peregrinos rezando ante unas reliquias. Sepulcro de San Juan de Ortega (Burgos)





En 1186 el emperador Federico I Barbarroja (en la imagen) dejó a elección de los obispos la posibilidad de imponer a los incendiarios una peregrinación a Tierra Santa o a Compostela.

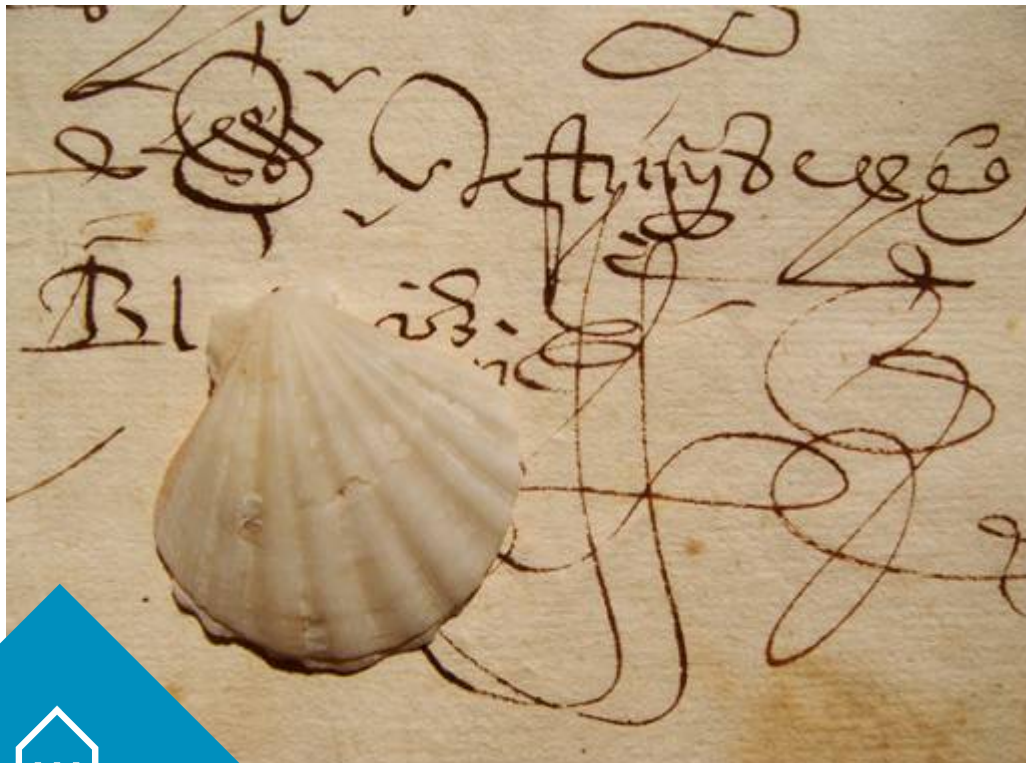
La peregrinación forzada fue igualmente muy habitual. Por penitencia canónica (para remisión de los pecados) se podía enviar al sujeto a cualquier santuario, tanto más lejos cuanto más grave fuera su pecado, incluso condenándolo a peregrinar todos los días de su vida, como le podía suceder a un obispo que cometía un homicidio. Los nobles obligados a este tipo de penitencias fueron muchos. Un caso muy llamativo fue el de Guillermo X, duque de Aquitania, quien en 1137 acudió a Compostela por penitencia –aunque verdaderamente no sabemos si impuesta o por propia iniciativa–, por los desmanes que había cometido en la campaña de Normandía de 1136, muriendo ante el altar del Apóstol el día de Viernes Santo, cuando contaba con 38 años de edad.

La obligatoriedad de peregrinar también podía estar dispuesta por sentencia civil. Por ejemplo la ciudad de Lieja, en el siglo XV, podía obligar a quien hería a otro dentro de una iglesia a hacer dos peregrinaciones a Compostela, una por la iglesia y otra por el herido. O por los agravios cometidos en tiempo de guerra, como los cien habitantes de Courtray que en 1326 han de ir a Santiago tras la firma de un tratado de paz. En ocasiones el reo de justicia que era enviado en peregrinación debía hacer el viaje encadenado, lo cual no debía ser extraño, pues el *Codex Calixtinus* se hace eco de la presencia de estos personajes cargados de hierros durante la liturgia.

En algunos santuarios aún se conservan viejas cadenas de reos, como éstas de Santo Domingo de Silos (Burgos).



La sentencia de peregrinación impuesta en algunos casos podía ser redimida con dinero, lo cual aparece en los estatutos de algunas ciudades flamencas, como Audenarde (1338), que equiparan además las tarifas de Roma y Compostela para librarse de la obligación de peregrinar. En otros casos el condenado podía buscar a otro individuo que lo sustituyera en el viaje. Del mismo modo había peregrinos que llegaban hasta Compostela para llevar personalmente alguna ofrenda, como las lámparas de plata que envió la ciudad de Barcelona en 1483 con tres sacerdotes.



En ocasiones uno se podía convertir en peregrino por manda testamentaria, costumbre que se generalizó a finales de la Edad Media, por la cual, los herederos, para poder hacer efectiva la herencia, debían ir a un santuario para implorar por el alma del difunto.

La aventura fue otra razón, como ocurrió con aquellos caballeros de fines del medievo; o la “curiosidad por ver cosas nuevas” como en el siglo XVIII reconoce Laffi que le impulsó a él mismo. O la pobreza, o el deseo de buscarse la vida en un itinerario donde la caridad era frecuente, o las excusas religiosas para evitar la expulsión, como hacen algunos grupos de gitanos a fines del siglo XV. La presencia de buscavidas disfrazados de peregrinos fue una constante, personajes que “andan hurtando, robando, y haciendo otros delitos y excessos... y para poder hacer con más libertad lo suso dicho, fingen que van en romería a algunas casas de devoción diciendo averlo prometido, y se visten, y ponen ábitos de romeros y peregrinos”, según cuenta una *Pragmática* de Felipe II.

Los caminos siempre han sido una oportunidad para los desheredados y una senda religiosa, como el Camino de Santiago, con sus numerosas casas de acogida, mejor que ningún otro. Diferenciar al peregrino real del falso fue siempre un problema para las autoridades.

En la imagen el Camino Francés a su paso por la ciudad de Burgos.





Hacia 1600 un clérigo navarro describe con dureza a esos “vagamundos, olgazanes, valdíos, inútiles, enemigos del trabajo y del todo viciosos, que no son para Dios ni para el mundo. Por la mayor parte son castigados y desterrados de sus propias tierras, los cuales, para encubrir sus malas vidas héchense a cuestras media sotanilla y una esclavina, un zurrón a un lado, calabaza al otro, bordón en la mano y una socia con título fingido de casados y discurren por toda España, donde hallan la gente más charitativa y por otras partes de la cristiandad sin jamás acabar sus peregrinaciones”.

El peregrino profesional, de poca fe y mucha necesidad, debió de ser frecuente en la época de los austrias, cuando la monarquía española dominaba el mundo, pero cuando en nuestra península había mucha apariencia y más hambre. El hábito de viajero jacobeo, como el de la imagen, era, en estos casos, una preciada herramienta de supervivencia. Escultura de Santiago Peregrino en Castrojeriz (Burgos).